

**La pregunta inevitable:**

¿Quién fue el que empezó llamándose Oscar Wilde, identificándose sucesiva o simultáneamente con Apolo, don Quijote, Nerón, Francisco de Asís, Dionisos, para acabar sus días en un rincón perdido de París, desamparado, vagabundo y obre, oculto bajo el nombre de Sebastián Melmoth, héroe errático de una ficción literaria? ¿Un artista, un dandy, un esnob, un profeta, un mártir de la homosexualidad declarada y reconocida, un terrorista de las costumbres contra el puritano imperio de la mujer más poderosa de la tierra, que no en vano se llamó Victoria? ¿Un sabio de la vida y de la paz?

Ocas Wilde, el hombre más famoso e infame de su tiempo, fue juzgado por todos, unas veces absuelto, otras condenado. Él, en cambio, no juzga a nadie. Desde su rincón del cementerio parisién de Père Lachaise donde hace casi un siglo que aprende a estar muerto, ni absuelve ni condena. Fraternaliza simplemente con todos aquellos que más allá de ideologías, militancias y conceptos, a menudo andando contra corriente, quieren experimentar a fondo sus últimas fuerzas y potencias:

*"El misterio supremo es uno mismo –escribió Wilde en la cárcel-. Cuando uno ha pesado el sol en la balanza, medido los pasos de la luna y trazado la carta astrológica de los siete cielos estrella por estrella, aún queda nuestro propio ser. ¿Quién puede calcular la órbita de su alma?"*

Esta afirmación, que en definitiva, sustenta su vida y su obra –el laberinto de una, la brillantez de la otra- hace de Oscar Wilde para nosotros un clásico. La órbita de su alma ha llegado por misteriosos caminos hasta nosotros y nos lo convierte en profeta de la vida, anunciador de las fuentes del gozo y del placer, pionero de una humanidad más dichosa y, por consiguiente, más fraterna. Ante Oscar Wilde es plenamente válida la advertencia de Goethe:

"Guardémonos de considerar sólo el aspecto moral de las cosas, porque todo lo grande caduca". Y a lo grande pertenece el destino de Oscar Wilde en lo que lo real perforó el absurdo y el ser irradió en la terrible oscuridad de una prisión con nueva luz y fuerza. En ese destino una existencia humana fue

agarrada, muy a pesar suyo, por los cabellos para convertirse en portavoz del espíritu y de la totalidad.

Y así Oscar Wilde es aquel que por tortuosos caminos de escritor y hombre de mundo y de placeres denunció la sociedad de su tiempo como cárcel y que, en la cárcel y a través del dolor, realizó el descubrimiento decisivo, el que justifica dolores y absurdos, aquel que de no realizarse hace que la existencia sea un pesado concierto para instrumentos desafinados.

Hacia el alma en tiempos desalmados nos conduce Oscar Wilde:

*"Conócete a ti mismo era la transcripción que se leía sobre el pórtico del mundo antiguo. Sobre el pórtico del nuevo se leerá: Sé tú mismo. Éste es el verdadero secreto de Cristo",*

Escribió en su día, mostrándonos el suyo propio.

Fragment de "Más allá de la comedia y de la tragedia" que pertany a la col·lecció *Papers de l'Exili i dels Retorn* d'Antoni Pascual Piqué

